

Amancio Prada, el trovador ilustrado

1. • El cantautor exhibió madurez y matices poéticos en Barnasants tras una ausencia de nueve años



Amancio Prada, durante su actuación en Barnasants, el sábado. Foto: FERRAN NADEU

JORDI BIANCIOTTO
L'HOSPITALET DE LLOBREGAT

Hoy, la etiqueta de cantautor no tiene el mismo sentido que hace 30 años, y tiende a aplicarse a los contadores de historias sea cual sea su lenguaje instrumental: canción, folk, pop, rock... o mezclas variables de todo ello. Por eso, ver a un cantautor a la clásica usanza, como es Amancio Prada, puede producir sorpresa o melancolía. Las tendencias e ismos se suceden y amontonan, pero ahí sigue el trovador del Bierzo, comprometido con una ética y una estética poco permeables a la agitación de nuestros tiempos.

Sí, Prada ejecuta recitales que parecen nutrirse de otro mundo y otra realidad, pero que resultan intachables; bien interpretados y proveedores de una sugerente neblina mística. Volvimos a comprobarlo en el Teatre Joventut, de L'Hospitalet, en el marco del festival Barnasants, nueve años después de su última visita. Dada esa larga ausencia, Prada prefirió pasar por alto el temario de Léo Ferré, que alimenta su último disco, *Vida de artista*, y ofrecer un repertorio antológico. Recuperamos al trovador clásico que funde cultura popular y académica, y que hermana los cantos a *cappella*, o apoyados en una sencilla (y estridente) zanfoña, con las recreaciones sofisticadas de textos de Chicho Sánchez Ferlosio, Rosalía de Castro o Bécquer.

Sus maneras plácidas y sensatas, propias de un veterano profesor, marcaron el *tempo* desde las primeras notas con las piezas tradicionales *Conde Arnaldos* y *El cantar tiene sentido*. A su lado, un cuarteto heterodoxo, con un acordeón, dos violoncelos y las percusiones de lujo de Luis Delgado. Junto a ellos, Prada caminó por un sendero limítrofe con la cultura castellana y la galaico-portuguesa, con un pie en el terruño y otro en las nubes: de la proximidad de Juan Ramón Jiménez (*Alegria, titiritero*) a la espiritualidad de San Juan de la Cruz (*Llama de amor viva*).

MEMORIA PERSONAL

Hablador, trufó el recital con alusiones a su infancia en el medio campestre y sus años de estudiante en la Sorbona, además de piropear a su amiga María del Mar Bonet, presente en la platea, a quien dedicó *Adiós ríos, adiós fontes*, de Rosalía de Castro. Acudió a su primer disco, *Vida e morte* (1974), con *Labregos*, y trató con mimo los textos de Agustín García Calvo (*Juraría que he sido feliz*) y Bécquer (*Las oscuras golondrinas*) sobre el finísimo riego percusivo de Delgado. Recital ilustrado, de formas cultivadas, adquirió los tonos más emocionales con *Libre te quiero*, una de sus *Canciones de amor y celda*, de 1979. Valores supremos.